

ESTUDIO II

EL OCASO DE LA RETORICA: LA TROPOLOGIA

A Gérard Genette.

La línea directriz de este estudio queda trazada por el movimiento que va de la retórica a la semántica y de ésta a la hermenéutica. Lo que trataremos aquí es el paso de la primera a la segunda. Discutiremos la hipótesis ya apuntada en la introducción según la cual un enfoque puramente retórico de la metáfora proviene del privilegio abusivo concedido inicialmente a la palabra y, más concretamente al nombre, a la denominación, en la teoría de la significación. En cambio, el enfoque propiamente semántico procede del reconocimiento de la frase como primera unidad de significación. En el primer caso, la metáfora es un tropo, una desviación que afecta a la significación de la palabra; en el segundo, es un hecho de predicación, una atribución insólita a nivel de discurso-frase (veremos más adelante hasta qué punto se puede seguir hablando de desviación a este nivel de análisis).

Este cambio de frente se podría realizar directamente mediante un análisis que se saltase la retórica de los tropos, y se situase sin más en el plano de la lógica proposicional, siguiendo a la mayoría de los autores anglosajones, desde I. A. Richards. Nosotros hemos escogido el camino más largo de una demostración indirecta basada fundamentalmente en el fracaso de la retórica decadente; en efecto, ésta nos proporciona la prueba *a contrario* de la necesidad de apoyar la teoría de la metáfora en la del discurso-frase. Nos servirá de guía el estudio de uno de los últimos tratados de retórica, *Les Figures du discours*, de Pierre Fontanier.

1. El «modelo» retórico de la tropología

Nuestra hipótesis conduce a una explicación del ocaso de la retórica, sensiblemente diferente de la que dan ciertos neorretóricos de tendencia estructuralista. Estos¹ atribuyen el ocaso de

¹ Gérard Genette, *La rhétorique restreinte*: «Communications» 16 (1970) 158-171.

la retórica a la reducción progresiva de su campo, según hemos dicho anteriormente². Efectivamente, a partir de los griegos, la retórica se fue reduciendo progresivamente a la teoría de la elocución, por amputación de sus dos partes principales: la teoría de la *argumentación* y la de la *composición*. A su vez, la teoría de la elocución, o del estilo, quedó reducida a una clasificación de figuras, y ésta a una teoría de los tropos; la misma tropología sólo prestó atención a la bina metáfora-metonimia, a costa de reducir la metonimia a la contigüidad y la metáfora a la semejanza.

Esta explicación, que es también una crítica, quiere preparar el camino al proyecto de una nueva retórica que, ante todo, intentaría abrir ese espacio retórico que se ha ido progresivamente cerrando. En este sentido, el proyecto se vuelve contra la dictadura de la metáfora. Pero no por eso la tarea dejaría de ser fiel al ideal taxonómico de la retórica clásica; únicamente estaría más atenta a la multiplicidad de figuras; su lema sería: «las figuras sí, pero todas las figuras».

A mi modo de ver, la reducción del campo retórico no es lo decisivo. No quiero decir con esto que no se trate de un fenómeno cultural de gran significación y que no deba ponernos en guardia contra cualquier inflación de la metáfora. Pero esta misma advertencia no será provechosa si no logramos descubrir una raíz más profunda que posiblemente los neoretóricos no están dispuestos a reconocer. El problema no consiste en restaurar el espacio retórico primitivo —cosa que quizá está fuera de nuestro alcance por razones culturales ineluctables—, sino en comprender de un modo nuevo el funcionamiento de los tropos y, a partir de ahí, en replantear, en términos nuevos, el problema de los objetivos de la retórica.

El ocaso de la retórica proviene de un error inicial que afecta a la teoría misma de los tropos, independientemente del lugar asignado a la tropología en el campo retórico. Este error inicial se debe a la dictadura de la palabra en la teoría de la significación. De él sólo percibimos el efecto más remoto: la reducción de la metáfora a un simple adorno. Entre el punto de partida —la primacía de la palabra— y el de llegada —la metáfora como adorno— se despliega toda una serie de postulados que, progresivamente, hacen establecer una solidaridad entre la teoría inicial de la significación, centrada en la denominación, y una teoría

² Cf. *Estudio I*, 1.

puramente ornamental del tropo que sanciona la futilidad de una disciplina que ya Platón había colocado en la misma vertiente que la «cosmética».

Podemos reconstruir de la siguiente manera esta serie de postulados, cuyo conjunto constituye el modelo implícito de la tropología:

a) Algunos nombres pertenecen en propiedad a determinadas clases (géneros y especies) de cosas; se puede llamar sentido propio al sentido de estos términos. En cambio, la metáfora y los demás tropos son sentidos impropios o figurados (postulado de lo propio y de lo impropio o figurado).

b) Ciertas cosas son designadas con un término impropio, por no emplear la palabra propia adecuada; esta ausencia de la palabra propia en el discurso concreto proviene de una elección de carácter estilístico o de una carencia real; en ambos casos, el recurso a un término impropio tiende a llenar una laguna semántica, o mejor dicho, lexical, en el mensaje concreto o en el código (postulado de la laguna semántica).

c) La laguna lexical se llena recurriendo a un término extraño (postulado del préstamo).

d) El término advenedizo se aplica al objeto en cuestión, pero esto comporta una desviación del sentido impropio o figurado o del sentido propio del término advenedizo (postulado de la desviación).

e) El nuevo término, en su sentido figurado, sustituye a una palabra ausente (que no existe o que no se quiere emplear) que hubiera podido emplearse en el mismo lugar en su sentido propio. Esta sustitución se hace por preferencia y no por obligación cuando existe la palabra propia adecuada; se habla entonces de tropo en sentido estricto. Cuando la sustitución viene impuesta por una verdadera laguna en el vocabulario, se habla de catácrisis (postulado de la sustitución).

f) Entre el sentido figurado de la palabra sustitutiva y el sentido propio de la ausente sustituida por la primera, existe una relación que se podría llamar la *razón* de la transposición; esta razón constituye un paradigma para la sustitución de los términos. En el caso de la metáfora, la estructura paradigmática se basa en la semejanza (postulado del carácter paradigmático del tropo)³.

³ Algunos neoretóricos oponen la retórica de la elocución a la de la invención de los argumentos y a la de la composición (según el plan

g) Explicar (o comprender) un tropo consiste en encontrar la palabra apropiada ausente, dejándose guiar por la razón del tropo, es decir, por el paradigma de sustitución. Consiste, pues, en restituir el término propio que ha sido sustituido por otro impropio; la paráfrasis, base de esta restitución, es, en principio, exhaustiva, siendo igual a cero la suma algebraica de la sustitución y de la restitución (postulado de la paráfrasis exhaustiva).

De estos presupuestos citados derivan los dos últimos, que caracterizan el enfoque propiamente retórico de la metáfora y, en general, de los tropos:

b) El uso figurado de las palabras no implica ninguna información nueva. Este postulado es solidario del anterior; si la restitución anula la sustitución y, por tanto, puede darse una paráfrasis exhaustiva de la metáfora y en general del tropo, entonces la metáfora no transmite ninguna información (postulado de la información nula).

i) El tropo, al no enseñar nada, tiene una simple función decorativa y ornamental; su finalidad es agradar decorando el lenguaje, dando «colorido» al discurso y «vestido» a la expresión desnuda del pensamiento.

Esta es la cadena de presupuestos implicados en un enfoque puramente retórico de la metáfora. La concatenación es perfecta, desde el punto de partida que hace de la metáfora un accidente de la denominación, hasta la conclusión que le confiere una simple función ornamental y confina la retórica entera al arte de agradar. Se dice que la metáfora no enseña nada y que sólo sirve para adornar el discurso; estas dos afirmaciones proceden de la decisión inicial de considerar la metáfora como una manera insólita de llamar a las cosas.

Considerado a la luz de este modelo, el análisis de Aristóteles aparece como su anticipación. Pero a Aristóteles no se le puede acusar de haber reducido el amplio campo de la retórica a una teoría de la elocución, y menos aún a una teoría de las figuras; tampoco malgastó su entusiasmo en ejercicios de pura taxonomía: las cuatro especies que distingue siguen siendo especies de la metáfora, la cual no se opone a ninguna otra figura. En cuanto a la distinción entre metáfora y comparación, el análisis intenta

tripartito de la *Retórica* de Aristóteles), como lo paradigmático a lo sintagmático (Roland Barthes, *L'ancienne rhétorique: «Communications»* 16 [1970] 175-176). Una teoría propiamente discursiva de la metáfora, como la de la interacción o la contraversión, quitará a esta distinción mucha de su fuerza.

precisamente reducir diferencias, y precisamente en beneficio de la metáfora. Por tanto, si Aristóteles es el iniciador de este modelo, no es por la definición que da del campo de la retórica, y por lo mismo del puesto de la *lexis* en este campo, sino únicamente por razón del lugar central dado al nombre en la enumeración de los constitutivos de la *lexis* y por la referencia al nombre en la definición de metáfora. Por eso la teoría aristotélica de la metáfora está llena de alusiones basadas más o menos en algunos de los postulados que acabamos de enumerar: oposición entre palabra «ordinaria» y «extraña»; desviación de la segunda con relación a la primera; transposición de sentido de la palabra «prestada» a la cosa que se quiere nombrar; «sustitución» por esta palabra de la que se habría podido usar en su lugar; posibilidad de «restituir» esta última; carácter ornamental del estilo metafórico; placer que proporciona este estilo.

Es cierto que otros rasgos de la descripción de Aristóteles no consienten su reducción al modelo considerado; pero estos rasgos no recuerdan en absoluto, dentro de la teoría de la *lexis*, la complejidad inicial de la retórica; más bien apuntan hacia una teoría más discursiva que nominal de la metáfora. Recordemos algunos de estos rasgos: primero, la relación entre metáfora y comparación; esta relación beneficia a la metáfora porque ésta contiene en síntesis una atribución (Aquiles es un león) que la comparación recarga con un argumento (Aquiles es como un león). La diferencia entre metáfora y comparación estriba, pues, en dos formas de predicación: ser y ser como. Por eso la metáfora es más incisiva: la atribución directa crea la sorpresa que no consigue la comparación. Al mismo tiempo, la operación que consiste en dar a una cosa el nombre de otra revela su parentesco con la operación predicativa. No es sólo la metáfora proporcional la que presenta esta afinidad con la comparación, sino cualquier clase de metáfora, en virtud de la polaridad entre dos términos que presuponen las tres clases de metáfora. En efecto, ¿cómo dar al género el nombre de la especie, si la metáfora no es un «decir dos», la cosa que presta su nombre y la que lo recibe? Así la epífora de la metáfora no parece agotar su sentido en las nociones de préstamo, desviación y sustitución. Al parecerse fundamentalmente a un enigma, la metáfora reclama más bien una teoría de la tensión que una teoría de la sustitución. Por eso, sin duda, dice también Aristóteles que la metáfora «enseña por el género»: esta afirmación deroga los dos últimos postulados que complementan el modelo retórico.

Así, a pesar de ser el iniciador del modelo que triunfará en la retórica decadente, Aristóteles proporciona también algunos de los argumentos que harán fracasar este modelo. No porque su retórica sea más amplia que una teoría de la elocución, sino porque la *lexis*, explícitamente centrada en el nombre, se funda implícitamente en una operación predicativa.

2. Fontanier⁴: primacía de la idea y de la palabra

El tratado de Pierre Fontanier, *Les Figures du discours* (1830), constituye el trabajo que más se acerca al modelo retórico que hemos construido sistemáticamente.

En él se afirma la primacía de la palabra con toda claridad. Esta primacía queda asegurada por un método analítico (emparentado con el de la ideología, si no tomado de él) que, antes que a las figuras, se aplica a los «elementos mismos del pensamiento y de la expresión: las ideas y las palabras» (*Notions préliminaires*, 39). Es necesario comenzar así, ya que la definición del tropo se construye sobre esta bina de elementos, la idea y la palabra: «Los tropos consisten en determinados sentidos, más o menos diferentes del significado primitivo, que ofrecen en la expresión del pensamiento palabras aplicadas a nuevas ideas» (*ibid.*). En el interior mismo de la bina idea-palabra, la idea ocupa la posición principal: «El pensamiento se compone de ideas, y la expresión oral del pensamiento se compone de palabras. Veamos. por tanto, qué son las ideas en sí mismas...» (41). Por lo tanto, la primacía de la idea asegura la de la palabra. De este modo la retórica viene a depender de una teoría extralingüística, de una «ideología», en el sentido propio del término, que garantiza el movimiento de la idea a la palabra⁵.

Recordemos los elementos de ideología que constituyen el fundamento de la teoría de la palabra y, posteriormente, de la teoría de los tropos. Las ideas son «los objetos que ve nuestro espíritu» (41). Esta visión directa regula todas las distinciones entre ideas: ideas complejas, simples («sólo son verdaderamente simples las que se resisten al análisis» (42), concretas, individua-

⁴ Pierre Fontanier, *Les Figures du discours*. Introduction de Gérard Genette (París 1968).

⁵ La retórica implica incluso teología. «Pero sólo a Dios ha sido dado abarcar de una sola mirada a cualquier individuo, y ver al mismo tiempo a todos juntos y uno a uno», *Les Figures du discours*, 42.

les, generales; lo mismo sucede con el modo de «unirse y encajarse unas a otras en nuestro espíritu para formar multitud de asociaciones, relaciones o grupos diversos» (43). En estas concatenaciones se funda la distinción entre ideas principales e ideas secundarias o accesorias. Estas observaciones esbozan ya una gramática: antes de introducir el sustantivo, podemos definir la propia idea sustantiva, es decir, «la idea individual en cuanto se relaciona de modo inmediato con tal objeto particular e individual que existe como sustancia» (42); antes de hablar de adjetivo, podemos igualmente definir la idea concreta, es decir, que «indica en la idea del objeto complejo una cualidad, una acción o una pasión» (*ibid.*). En fin, entre las ideas accesorias es donde hay que buscar las de relación o las de circunstancia que «daremos a conocer junto con las palabras que son sus signos» (*ibid.*).

Así pues, todo lo que se puede decir de las palabras proviene de su «correspondencia con las ideas» (44). Hablar de ideas y de palabras, es hablar dos veces de ideas: una, de las ideas en sí mismas, y otra, de las ideas en cuanto «representadas por las palabras» (41).

La clasificación de las especies de palabras reflejará así la de las clases de ideas. Se distinguen dos grandes grupos: los signos de las ideas de objeto, y los signos de las ideas de relación. Al primer grupo pertenecen el nombre, el adjetivo, el participio, el artículo y el pronombre. El nombre corresponde a la idea sustantiva; entre los nombres, el nombre propio corresponde a las ideas individuales; el común, a las generales. Los adjetivos corresponden a las ideas concretas de cualidad; los participios, a las ideas concretas de acción, pasión o estado. El artículo designa la extensión de los nombres; los pronombres sustituyen a los nombres. Al segundo grupo pertenecen el verbo, la preposición, el adverbio y la conjunción. Aquí hay que entender por verbo únicamente el verbo ser; los verbos concretos están formados por la combinación del verbo ser y un participio (yo leo, yo estoy leyendo); el verbo ser indica una relación de coexistencia entre una idea sustantiva cualquiera y otra concreta o adjetiva. Al hablar del verbo bajo el título de las ideas de relación, Fontanier no sólo subordina el verbo a la teoría de la idea-palabra, es decir, a una teoría de los elementos de pensamiento y de expresión, sino que lo subordina también a la primacía de la primera clase de palabras: el nombre. Al hablar de las seis especies sujetas a las variaciones de género, número, persona, tiempo y modos, dice: «Se ve fácilmente que la idea sustantiva, a la que todas las espe-

cies concurren más o menos directamente, subordina a todas o por sí misma o por las ideas accesorias que comporta» (46). Concurrir, subordinar, comportar: diversas formas de expresar la preeminencia del nombre, ya asegurada por la de la idea sustantiva.

Es verdad que este reinado no es totalmente absoluto; se presenta un segundo punto de partida que no es la idea, sino el pensamiento mismo. Este había sido mencionado desde el comienzo al mismo tiempo que la palabra: «El pensamiento se compone de ideas, y la expresión oral del pensamiento se compone de palabras» (41). La definición de tropo lo implicaba también: «Los tropos consisten en determinados sentidos más o menos diferentes del significado primitivo, que ofrecen en la expresión del pensamiento palabras aplicadas a nuevas ideas» (39). Pensamiento y palabras parecen ser igualmente fundamentales. Además, la distinción entre idea de objeto e idea de relación prepara una teoría específica del pensamiento y de su expresión. Si el verbo es el signo de la coexistencia de una idea sustantiva con otra concreta, esta coexistencia se puede afirmar o negar; ahora bien, el pensamiento no es más que «la unión de estas dos ideas por el acto interior de nuestro espíritu que pone una dentro o fuera de la otra» (49). Por tanto, la retórica se basa en un análisis con dos vertientes: la idea y el juicio; a esto corresponde, por parte de la expresión, la dualidad de la palabra y de la proposición, pues ésta no es más que el «juicio producido fuera de nuestro interior y como realizado con anterioridad, como puesto ante la conciencia y comprensión de los demás» (49).

Por eso se pueden revisar todas las distinciones entre clases de palabras en función del papel que desempeñan en la proposición: la idea sustantiva, considerada en el juicio, se convierte en el sujeto de la proposición; la idea concreta es lo que se llama atributo; y la relación de coexistencia, expresada por el verbo ser, es la cópula.

La definición de las nociones de sentido y de significación confirma que la palabra y la proposición constituyen dos polos de la expresión del pensamiento; el sentido se define primeramente en relación con la palabra: «El sentido es, con respecto a una palabra, lo que ésta nos hace entender, pensar y sentir por su significación; y su significación es lo que ella significa, es decir, aquello de lo que es signo» (55). Pero «la palabra sentido se aplica también a toda una frase, y a veces incluso a todo un discurso» (*ibid.*). Por otra parte, «la proposición sólo es una

frase cuando, con una determinada construcción, expresa un sentido completo y acabado» (53). Sólo una visión global de la proposición permite distinguir el sentido objetivo, el literal y el espiritual o intelectual. El primero no se opone a los otros dos; constituye el sentido mismo de la proposición, «el que ésta posee con relación al objeto sobre el que recae» (56). Las grandes categorías subsumidas bajo el sentido objetivo son las mismas que presenta y ofrece la teoría de las ideas: sentido sustantivo o adjetivo, activo o pasivo, etc. Más importante para nosotros es la distinción entre sentido literal y sentido espiritual que, a diferencia del objetivo, forman pareja. Los dos se dicen de la proposición, pero se distinguen por un carácter que depende de las palabras: «El sentido literal se funda en las palabras tomadas al pie de la letra y entendidas según su acepción en el uso ordinario: es, en consecuencia, el que se presenta de modo inmediato a la conciencia de los que escuchan las palabras» (57). «El sentido espiritual, indirecto o figurado, de un conjunto de palabras es aquel que el sentido literal hace nacer en la conciencia por las circunstancias del discurso, por el tono de la voz o por la conexión entre las ideas expresadas y las implícitas» (58-59).

El hecho de que la teoría de la palabra prevalezca finalmente sobre la de la proposición tiene para nosotros suma importancia. En efecto, la teoría de los tropos se regirá por la palabra y no por la proposición; la noción de sentido tropológico se inserta de modo inmediato en la de sentido literal, pero con la restricción expresa de que se trata del sentido literal de una palabra aislada: «El sentido literal que no se funda más que en una sola palabra es o primitivo, natural y propio, o derivado, por decirlo de alguna manera, y tropológico» (57). La propia noción de figura se introduce en la misma dirección, no como el género cuyo tropo sería la especie, sino como una de las dos maneras de manifestarse los tropos: «por elección y por figura» se opone a «por necesidad, por extensión» (*ibid.*). En este segundo caso, el del sentido tropológico extensivo, se trata de «encontrar un sustituto para una palabra que falta en una lengua para expresar una idea determinada» (*ibid.*); en el primero el del sentido tropológico figurado, se trata de «presentar las ideas con imágenes más vivas y más gráficas que sus signos propios» (*ibid.*).

De este modo, el imperio de la palabra, que hubiera podido encontrar su equilibrio en una teoría de la proposición, queda reafirmado hasta en la distinción entre sentido literal y espiritual,

en el preciso momento en que la noción de sentido parecía ser asumida por la frase en su conjunto más que por la palabra.

La distinción de tropos de una sola palabra —tropos propiamente dichos— y tropos de varias palabras, se hará sobre la misma base. Sin embargo, la distinción entre letra y espíritu parece que debería cargar el acento sobre el otro polo: ¿es que el sentido espiritual no es siempre de alguna manera el sentido «de un conjunto de palabras» y, por consiguiente, va unido a los tropos que constan de varias palabras? Y ¿no son «las circunstancias del discurso, el tono de voz, la conexión entre las ideas expresadas y las implícitas», es decir, los rasgos que se refieren al pensamiento, los causantes de que el sentido literal haga brotar en nuestra conciencia un sentido espiritual? Y la expresión misma «sentido espiritual» ¿no está indicando que es «el espíritu el que lo crea»? Y además, el acto interior de nuestra conciencia ¿no es el juicio?

Como se ve, la primacía de la palabra no puede abolir enteramente la organización bipolar del pensamiento y de su expresión. Pero la idea restablece el reino de la palabra siempre que los ejemplos parecen colocar el discurso por encima de la palabra.

3. Tropo y figura

Toda la teoría de los tropos y de las figuras descansa sobre esta primacía de la palabra, aunque de vez en cuando se haga alguna referencia a la polaridad idea-juicio reflejada en la de palabra-frase, teniendo en cuenta que la frase es la única que presenta un «sentido completo y acabado» (53).

Podría parecer, sin embargo, que la entidad considerada como fundamento de la empresa taxonómica no es el tropo, cuya dependencia de la palabra hemos comenzado a percibir, sino la figura, que hace referencia indistintamente a la palabra, al enunciado, o al discurso. Para Gérard Genette, en su importante *Introduction* al tratado de Fontanier, el interés principal de la obra estriba en la reunión de tropos y no-tropos bajo la noción de *figura*. La elección de esta unidad pertinente, que no es ni la palabra ni el enunciado, expresaría un criterio intermedio entre la posición de Aristóteles, que comprendía la totalidad del campo retórico (invención, disposición, elocución) y la de Dumarsais que reducía la retórica a la gramática, cuya función es «hacer comprender la verdadera significación de las palabras y el sentido

en que se las emplea en el discurso» (citado por Genette, 8). Observa Genette que para Fontanier la unidad típica no sería ni el discurso, ni la palabra, «unidad más gramatical que retórica» (*ibid.*). Podríamos expresar la posición intermedia de Fontanier con el siguiente adagio: «Sólo las figuras, pero todas las figuras» (*ibid.*). La ventaja de esta tercera posición es que fundamenta la retórica sobre una base capaz de sostener todo el ambicioso proyecto de enumeración exhaustiva y de clasificación sistemática que hacen del trabajo de Fontanier una «obra maestra de inteligencia taxonómica» (*ibid.*, 13)⁶. La figura puede tener esa función arquitectónica porque posee la misma amplitud que el discurso en general: «¿Qué son las figuras del discurso en general? Son las formas, los rasgos o los giros más o menos notables y de un efecto más o menos feliz, por los que el discurso, en la expresión de las ideas, de los pensamientos o de los sentimientos, se aleja más o menos de la posible expresión sencilla y común» (Fontanier, 64, 179). Así pues, la figura puede referirse indistintamente a la palabra, a la frase o a los rasgos del discurso que expresan el movimiento del sentimiento y de la pasión.

Pero, ¿qué decir de la figura en cuanto tal? Hay que confesar que la figura, como la epífora en Aristóteles, sólo se expresa por medio de metáforas; las figuras son al discurso lo que al cuerpo los contornos, los rasgos, la forma exterior; «el discurso, aunque no es un cuerpo, sino un acto del espíritu, tiene, sin embargo, en sus diferentes maneras de significar y expresar, algo análogo a las diferentes formas y rasgos que vemos en los cuerpos verdaderos» (63).

Una vez más viene a la mente la distinción aristotélica entre el «cómo» y el «qué» del discurso y su asimilación del «cómo» a un «aparecer» del mismo⁷. (Posiblemente, la noción de expresión contiene en germen la metáfora.)

Fontanier no parece preocupado por esta especie de círculo vicioso (la metáfora es una figura y la palabra figura es una

⁶ Son de gran interés a este respecto sus *Avertissements, Préfaces y Préambules* (21-30, 271-281): en ellos, Fontanier encomia su «sistema», «indiscutiblemente, el más razonado, el más filosófico y el más completo aparecido en nuestra lengua, y quizá en ninguna otra» (23); «un sistema razonado y filosófico: todos sus elementos están combinados y relacionados entre sí de modo que, en su conjunto, sólo forman una única realidad» (28).

⁷ Aristóteles, *Retórica*, III 1, 2; cf. *Estudio I*, pp. 52, 60).

palabra metafórica)⁸. Prefiere afrontar directamente dos rasgos de la figura: el primero es el que la neorretórica llamará «desviación», y que Fontanier explica diciendo que «el discurso, en su expresión de las ideas, de los pensamientos o de los sentimientos, se aleja más o menos de lo que hubiera sido su expresión simple y común» (64, 279). Es verdad que las expresiones «alejarse, desviarse o apartarse» son también metáforas de movimiento, como la epífora de Aristóteles. Por lo menos la noción de desviación es indiferente a la extensión de la expresión, sea ésta una palabra, una frase o un discurso. Esto es lo esencial. Así adquiere relieve uno de los postulados fundamentales de nuestro modelo, el postulado de la desviación.

El segundo rasgo introduce una restricción, no en cuanto a la extensión, sino en cuanto al proceso: el uso de la figura debe ser libre, aun cuando se haga habitual; una desviación impuesta por la lengua, un uso forzoso no merece el nombre de figura. Por eso, la catácrexis, o extensión forzada del sentido de las palabras, queda excluida del campo de las figuras (213-219). Con este segundo rasgo reaparecen otros dos postulados de nuestro modelo: el uso libre y no forzoso supone, por una parte, que las expresiones queden desviadas de su sentido propio, es decir, que se tomen «en una acepción momentáneamente prestada, pero no definitiva» (66); el uso libre supone, por otra parte, que la expresión propia esté disponible y que haya sido sustituida por otra en virtud de una elección: «escribir llama en vez de amor, es hacer una figura»; «la figura, comenta Genette, sólo existe en cuanto se le puede oponer una expresión literal...; el criterio de la figura es la sustitución de una expresión que el retórico debe poder restituir mentalmente, si es que quiere hablar de figura, por otra expresión (palabra, grupo de palabras, frase, incluso grupo de frases). Vemos, pues, afirmada con toda claridad por Fontanier, la esencia sustitutiva de la figura» (Genette, *Introduction*, 11-12). Por otra parte, el comentarista relaciona la «obsesión sustitutiva» (12) con el «conocimiento agudo y valioso de la dimensión paradigmática de las unidades (pequeñas o grandes) del discurso» (12). Este carácter paradigmático se ex-

⁸ Fontanier se limita a indicar que «esta metáfora no puede considerarse como una verdadera figura, porque no tenemos en la lengua otra palabra para la misma idea» (63).

tiende progresivamente de la palabra a la frase y al discurso, es decir, a unidades sintagmáticas cada vez más amplias⁹.

Así pues, lo esencial del modelo retórico expuesto al comienzo de este capítulo se encuentra de nuevo en Fontanier, al menos a nivel de programa de conjunto, pero con una excepción, la primacía de la palabra, en la que nosotros habíamos creído ver su postulado de base. ¿Habría intentado Fontanier fundar una retórica de las figuras que no se redujese a una tropología, es decir, a una teoría de las desviaciones en la significación de las palabras?

No hay duda que esta fue la aspiración de Fontanier. Podemos decir incluso que su tratado de las *Figures du discours* la realiza de alguna forma. La «división» de las figuras¹⁰ —que hace de Fontanier, en expresión de Gérard Genette, el «Linneo de la retórica» (13)— es imponente. La antigua tropología no constituye en su obra más que una de tantas clases de figuras: las figuras de significación o tropos propiamente tales, es decir, los que constan de una sola palabra. El campo restante se lo reparten otras cinco clases: las figuras de expresión, de construcción, de elocución, de estilo y de pensamiento.

No podemos decir lo mismo de la realización práctica. Una cuestión debe ponernos en guardia: la teoría de la metáfora no queda afectada en absoluto por la adopción de la figura como unidad típica de la retórica. La metáfora queda clasificada entre los tropos de una sola palabra o tropos propiamente dichos. A su vez, la teoría de los tropos constituye un todo autónomo al cual se superpone simplemente la noción de figura. De este modo, el modelo retórico, cuya serie de postulados hemos reconstruido, continúa funcionando a nivel del tropo sin ser afectado en absoluto por la adición de las otras clases de figuras ni por la superposición del concepto más general de figura. Las demás figuras se

⁹ No puedo menos de citar estas importantes palabras de Gérard Genette: «Identificar una unidad de discurso es necesariamente compararla y oponerla implícitamente a lo que podría ser, en su sitio y lugar, otra unidad 'equivalente', a la vez semejante y diferente... Percibir un lenguaje es necesariamente imaginar, en el mismo espacio o en el mismo instante, un silencio u otro lenguaje... Sin el poder de callarse o de decir otra cosa, no hay palabra que valga: esto simboliza y significa la gran querrela de Fontanier contra la catácrexis... La palabra obligada no obliga; la palabra que no ha sido elegida entre otras palabras posibles no dice nada, no es una palabra. Si no hubiera figura, ¿habría sólo un lenguaje?» *Introduction*, 12-13.

¹⁰ *Op. cit.*, 66-67, 221-231, 279-281, 451-459.

unen simplemente a los tropos; más aún, el tropo sigue siendo el término «marcado» entre todas las clases de figuras; la composición parte de los «tropos propiamente dichos» (figuras de significación que constan de una sola palabra), luego añade los «tropos impropriadamente dichos» (figuras de expresión formadas por un conjunto de palabras), para desplegar, en fin, todas las demás figuras llamadas constantemente «figuras no trópicas»¹¹. La unidad sigue siendo el tropo, porque el fundamento sigue siendo la palabra. De ahí el carácter extraño de este tratado en el que el tropo es a la vez una clase entre las otras y el paradigma de toda figura¹².

El tratado de Fontanier aparece así dividido entre dos planteamientos: uno eleva la figura al rango de unidad típica, otro garantiza un puesto clave a la idea y, por tanto, a la palabra y al tropo. Y si es cierto que el primero regula la taxonomía del tratado de las figuras del discurso, el segundo es el que impone la división de las figuras en tropos y no-tropos. El primer planteamiento hubiera prevalecido sobre el segundo si el discurso hubiera podido suplantar a la palabra en la teoría de los «fundamentos primarios» (39). Pero esta teoría sigue siendo, según el espíritu de la ideología, una teoría de los «elementos» (*ibid.*). Por eso, la unidad básica es la idea simple, que es la única que merece llamarse «simple elemento de pensamiento» (453).

Por tanto, a pesar de la teoría de las figuras, la teoría de los tropos, y principalmente la de la metáfora, es la que da validez al modelo elaborado anteriormente; de la noción de figura no quedará más que la segunda significación —la oposición a la catácreis—, que permite considerarla no ya como el género superior, sino como la diferencia específica: «El sentido tropológico

¹¹ 281, 451s, *passim*. El poder de la palabra sigue siendo notable hasta en la definición de estas figuras (283, 323). Sólo las figuras de estilo y de pensamiento están menos sujetas a la palabra: las primeras, porque son sin duda hechos de discurso; las segundas, porque son «independientes de las palabras, de la expresión y del estilo» (403), con riesgo de desaparecer como figuras («estas figuras —posiblemente mal llamadas así— que sólo se refieren al pensamiento —considerado abstractamente— sin ninguna relación con la forma que pueda tomar del lenguaje, que no consisten más que en cierto artificio del espíritu y de la imaginación») (403).

¹² «¡Cuánto difieren —exclama Fontanier— las figuras de significación de todas las demás, ya que no consisten, como estas últimas, en varias palabras, sino en una sola; y lo que presentan bajo una imagen extraña no es un pensamiento completo, un conjunto de ideas, sino una idea sola y única, un simple elemento de pensamiento!» (453).

es, o figurado, o puramente extensivo, según que la nueva significación, de donde procede, se haya dado a la palabra libremente y como por juego, o que haya llegado a convertirse en una significación forzosa, habitual, y casi tan propia como la significación primitiva» (75). De ahí la consecuencia paradójica de que la teoría de los tropos englobe la distinción entre figura y catácrexis: «pero, sean figuras o catácrexis, ¿de cuántas maneras diferentes se manifiestan los tropos?» (77).

Es verdad que Fontanier reserva la posibilidad de que las proposiciones presenten, igual que las palabras, «una especie de sentido tropológico» (75); esta posibilidad se contempla en la misma definición de sentido primitivo y de sentido tropológico que —recordémoslo— fue aplicada en primer lugar a los diversos sentidos de que la proposición es susceptible. Pero, precisamente, el sentido que encierran las «figuras de expresión», que no son más que tropos «impropiamente dichos» (109), es sólo «una especie» de sentido tropológico.

4. Metonimia, sinécdoque, metáfora

En el marco así esbozado, Fontanier construye, de modo sistemático y exhaustivo, la lista de las especies posibles de tropos en base a la relación por la que éstos «acontecen» (77)¹³.

Esta última expresión es importante; en efecto, los tropos son acontecimientos porque «las figuras de significación tienen lugar (acontecen) en virtud de una nueva significación de la palabra» (*ibid.*). La oposición entre uso libre y forzoso, esencial al carácter figurado del tropo, hace de éste una innovación semántica que sólo tiene existencia «momentáneamente» (66). Por tanto, el tropo no es la relación en sí misma; la relación es la causa del acontecer del tropo. Vemos aquí lo que hemos llamado la «razón» de la sustitución (postulado quinto del modelo). Pero ¿relación entre qué cosas? La relación por la que los tropos tienen lugar es una relación entre ideas, entre dos ideas: por una parte, «la primera idea relacionada con la palabra» —significación primitiva de la palabra que se toma prestada—, y por otra, «la idea nueva que uno le atribuye» (77) —el sentido tropológico que sustituye a otra palabra propia que no se ha

¹³ Para familiarizarse con la nomenclatura se puede consultar Henri Morier, *Dictionnaire de poétique et de rhétorique* (París 1961).

querido emplear en ese lugar. Esta relación entre una primera idea y otra nueva corresponde, con algunas diferencias, a la epífora aristotélica. Estas son las diferencias: por una parte, la definición de Fontanier no parece indicar el movimiento de transposición; eso es cierto; pero la *estática de las relaciones* no hace otra cosa que sustentar la dinámica de las transposiciones, como demostrará la enumeración de las clases de tropos. Por otra parte, Aristóteles trata a la metáfora como género y no como especie. La metáfora de Aristóteles es el tropo de Fontanier; y la metáfora de Fontanier es más o menos la cuarta clase de metáfora de Aristóteles. Esta diferencia parece más importante que la anterior; pero podemos considerarla, hasta cierto punto, como una simple diferencia de vocabulario. Otra diferencia aparente: la relación en Fontanier afecta a las «ideas» antes de unir palabras o nombres; pero ya hemos visto que la idea es el elemento de pensamiento subyacente a la palabra (al nombre, en el caso de la idea sustantiva). Con estas reservas, el tropo de Fontanier y la epífora de Aristóteles coinciden en casi todo.

Ahora podemos afirmar, a propósito de la relación que da origen al tropo, lo que antes hemos dicho de la epífora: es cierto que el tropo consiste *en* una sola palabra, pero tiene lugar *entre* dos ideas por transposición de una a otra. En un sentido, pues, que habrá que precisar, el tropo, igual que la epífora de Aristóteles, tiene lugar «a partir de dos» (cfr. p. 40).

Si la coincidencia entre tropo y epífora es casi total, no podemos decir lo mismo de las cuatro clases de metáfora de Aristóteles y de los tres grupos de relaciones de Fontanier. Ahí radica la profunda originalidad de este último con respecto a todos sus predecesores y también a sus sucesores, como veremos más adelante. Fontanier se precia de haber dado una teoría exhaustiva de las relaciones entre las ideas, al distinguir las *relaciones de correlación o correspondencia*, las *relaciones de conexión* y las *relaciones de semejanza*; las tres clases de tropos —metonimias, sinécdoques y metáforas— «tienen lugar» en virtud de estas tres clases de relaciones.

Lo que hay que notar en este sistema de paradigmas es la amplitud que Fontanier atribuye a cada una de estas tres relaciones: por correspondencia entiende algo muy distinto de la contigüidad, a la que sus sucesores redujeron el funcionamiento de la metonimia; para él, es la relación que se establece entre dos objetos, cada uno de los cuales forma «un todo absolutamente aparte» (79). Por eso la metonimia se diversifica, a su vez, se

gún la variedad de las relaciones que satisfacen la condición general de la correspondencia: relación de causa a efecto, de instrumento a fin, de continente a contenido, de la cosa a su lugar, de signo a significación, de lo físico a lo moral, del modelo a la cosa.

En la relación de conexión, dos objetos forman «un conjunto, un todo, físico o metafísico, en el que la existencia o la idea de uno se halla comprendida en la existencia o idea del otro» (87). Por tanto, la relación de conexión comportará también numerosas especies: de la parte al todo, de la materia a la cosa, de la singularidad a la pluralidad, de la especie al género, de lo abstracto a lo concreto, de la especie al individuo. En todas estas relaciones, la comprensión puede ser mayor o menor, porque en ellas se da una mayor diversidad que en la simple relación numérica o incluso en la simple extensión genérica.

Correspondencia y conexión designan, pues, dos relaciones que se distinguen entre sí como la exclusión («absolutamente distinto de...») y la inclusión («comprendido en...»). Por otra parte, hay que señalar que estas dos primeras relaciones establecen una conexión entre objetos antes que entre ideas y que el desplazamiento de denominaciones se regula por la relación objetiva (pero con este matiz: en la relación de conexión, la pertenencia de los objetos al mismo sistema proviene de que la existencia o la idea de uno se halla contenida en la existencia o en la idea del otro). De ahí la simetría casi absoluta entre las definiciones de metonimia y de sinécdoque: en ambos casos, un objeto se designa por el nombre de otro; en ambos casos, son los objetos (y sólo en parte las ideas) los que entran en una relación de exclusión o de inclusión.

El juego de la semejanza rompe esta simetría y coloca la metáfora un tanto aparte.

Ante todo, la definición no hace referencia directa al cambio de designación por el nombre y sólo menciona la relación entre las ideas. Esta omisión no es fortuita, pues la metáfora, aunque no comporta especies como los otros dos tropos, «abarca muchos más campos» que éstos, «pues entran en su dominio no sólo el nombre, sino también el adjetivo, el participio, el verbo y, en fin, todas las clases de palabras» (99). ¿Por qué la metáfora actúa sobre toda clase de palabras, mientras la metonimia y la sinécdoque sólo afectan a la designación por los nombres? Podemos preguntarnos si esta extensión no prefigura un desplazamiento más importante que sólo será reconocido en una teoría

propriadamente predicativa de la metáfora. Veamos algunos ejemplos. ¿Qué es el empleo metafórico de un nombre? «Hacer de un hombre feroz un tigre» o «de un gran escritor un cisne», ¿no es mucho más que designarlos con un nombre nuevo? ¿No es «llamar», en el sentido de caracterizar, de calificar? Y esta operación, que consiste en «la traslación del nombre fuera de su especie», ¿no es una especie de atribución, que requiere una frase entera? Y si el adjetivo, el participio (tan próximo al adjetivo por su función de epíteto), el verbo (que se puede analizar como participio más cópula) y el adverbio (modificador del verbo) se prestan tan fácilmente a un uso metafórico ¿no es porque sólo pueden funcionar en una frase que relaciona no sólo dos ideas, sino dos palabras, a saber, un término tomado no metafóricamente y que sirve de soporte, y el término empleado metafóricamente que desempeña la función de caracterización? Esta observación nos aproxima a la distinción de I. A. Richards entre «tenor» y «vehículo»¹⁴. Los ejemplos de Fontanier apuntan ya en este sentido. Podemos decir *Cisne* de Cambrai, remordimiento *devorador*, *hambre* de peligros y de gloria, su cabeza *estalla*, etc.; en todos estos ejemplos, la metáfora no nombra, sino que caracteriza lo ya nombrado.

Este carácter casi predicativo de la metáfora queda confirmado por otro aspecto; sabemos que la definición de la metáfora no sólo prescinde de una referencia directa al nombre, sino que tampoco hace referencia a los objetos. Su misión es «*presentar una idea bajo el signo de otra más incisiva o más conocida*» (99). La analogía se da entre ideas; y la idea misma se concibe «no en relación a los objetos vistos por el espíritu» (41), sino «en relación al espíritu que ve» (*ibid.*). Sólo en este sentido puede considerarse «más incisiva o más conocida»; aun en los casos de relaciones objetivas como base de la analogía (cuando llamamos tigre a un hombre), «la transposición del nombre tiene lugar fuera de la especie, de una especie a otra» (100). Pero lo importante es que la semejanza opera a nivel «de la opinión recibida» (*ibid.*). Mientras que las conexiones y las correspondencias son principalmente relaciones entre objetos, las semejanzas son, sobre todo, relaciones entre ideas. Este segundo rasgo confirma el anterior; la caracterización, distinta de la denominación, procede por aproximaciones en la opinión, es decir, en el juicio.

¹⁴ I. A. Richards, *The Philosophy of Rhetoric* (Oxford 1936, 2^a1950); cf. *Estudio* III, 2.

Fontanier no ha podido sin duda percibir estas consecuencias, por la preocupación que domina el final de su análisis de la metáfora; quizá para restablecer la simetría entre la metáfora y las otras dos figuras, intenta dividir la metáfora en clases, a pesar de su declaración inicial: «de ordinario, la metáfora no se distingue en clases, como es el caso de la metonimia y de la sinécdoque» (99). Encuentra el principio de clasificación en la naturaleza de las cosas, que definen el campo de préstamo, o el ámbito de aplicación. Sin embargo, ¿no había dicho que la metáfora «tiene lugar» entre idea e idea? Pero las ideas, incluso consideradas en relación al espíritu que ve, siguen siendo las imágenes de los objetos vistos por el espíritu (41). Por tanto, siempre es posible llamar a las ideas palabras y a las cosas ideas. Además, como la semejanza se basa en el carácter de las cosas dentro de la opinión, siempre es posible remontarse desde este carácter a las cosas que lo poseen; con esto se viene a decir que la «transposición» (101) tiene lugar entre las cosas caracterizadas. ¿Pero cómo clasificar los campos de préstamo y de aplicación? Tras haber afirmado que la metáfora se puede tomar de cuanto nos rodea, de todo lo real e imaginario, de los seres intelectuales o morales y físicos, y que se puede aplicar a todos los objetos del pensamiento, cualesquiera que sean, Fontanier escoge con cierta arbitrariedad el eje de la diferencia entre lo animado y lo inanimado. De este modo llega a poder garantizar una antigua clasificación que le libra de caer en infinitas divisiones. Sus cinco clases («transposición a una cosa animada de lo que es propio de otra cosa animada», «de una cosa inanimada, pero física, a otra inanimada, con frecuencia meramente moral o abstracta», «de una cosa inanimada a otra animada», «metáfora física de una cosa animada a otra inanimada», «metáfora moral de una cosa animada a otra inanimada») se pueden reducir a dos: «la metáfora física» («comparación entre sí de dos objetos físicos, animados o inanimados») y «la metáfora moral» («comparación de algo abstracto y metafísico, de algo de orden moral, con algo físico y que afecta a los sentidos, sea que la *transposición* tenga lugar de lo segundo a lo primero o de lo primero a lo segundo») (103).

Resulta fácil denunciar la complicidad entre este principio de clasificación y la distinción decididamente «metafísica» entre lo físico y lo moral¹⁵.

¹⁵ Jacques Derrida, *La mythologie blanche: «Poétique»* 5 (1971) 1-52.

Creo que se puede pensar que esta clasificación es más una concesión al pasado que una implicación necesaria de la definición de la metáfora por la semejanza. La división en clases no procede en absoluto de la diversificación de la relación de semejanza, como en el caso de la metonimia y de la sinécdoque, y permanece perfectamente extrínseca a la definición. Y a ella debemos volver: «Presentar una idea bajo el signo de otra más incisiva o más conocida» (99) no supone de ninguna manera la distinción entre lo animado y lo inanimado. En lugar de reconstruir el juego de la semejanza a partir de los campos *reales* de préstamo y de aplicación, sería necesario hacer derivar esos campos de los caracteres de vivacidad y de familiaridad, y éstos de las ideas dentro de la opinión; eso hará Nelson Goodman, considerando el «campo» como un conjunto de «etiquetas» y definiendo la metáfora como una redescrición por emigración de etiquetas¹⁶. Algo de esta teoría está prefigurado en la fórmula inicial de Fontanier: «Presentar una idea bajo el signo de otra más incisiva o más conocida». Pero la noción de tropo de una sola palabra no permitía percibir todo lo que está implicado en esta noción de significación de segundo grado.

5. La familia de la metáfora

La noción de tropo que consta de una sola palabra no sólo ahoga todo el potencial de sentido que contiene la admirable definición inicial de la metáfora, sino que, además, rompe la unidad de la problemática de la analogía entre ideas que, de este modo, queda dispersa en todas las clases de figuras.

Entre los «tropos impropriamente dichos» (las «figuras de expresión» que «provienen de la manera particular de expresarse la proposición») (109), la *ficción* presenta una gran afinidad con la metáfora: prestar a un pensamiento los «rasgos, el colorido de otro pensamiento «para volverlo más sensible o más agradable» (*ibid.*), ¿no es lo mismo que presentar una idea bajo el signo de otra más incisiva o más conocida? La personificación (primera subespecie de la ficción) que hace de un ser inanimado, insensible, abstracto o ideal, otro ser vivo y sensible, en resumen, una persona, ¿no recuerda la transposición metafórica de lo inanimado a lo animado? Es verdad que la personificación no se

¹⁶ Nelson Goodman, *The languages of Art* (1968).

hace sólo por metáfora, sino también por metonimia y por sinécdoque. Pero, ¿qué es lo que distingue la personificación por metáfora de la metáfora propiamente dicha, sino la extensión de la entidad verbal?

Lo mismo se podría decir de la *alegoría* que también «presenta un pensamiento bajo la imagen de otro, más adecuado para hacerlo más sensible o más incisivo que si fuera presentado directamente y sin velos» (114). Pero la alegoría se distingue de la metáfora por otro rasgo distinto de su unión con la proposición; según Fontanier, la metáfora, incluso continuada (que él llama alegorismo), presenta un solo sentido verdadero, el figurado, mientras que la alegoría «consiste en una proposición de doble sentido, literal y espiritual, al mismo tiempo» (114)¹⁷. ¿Quiere esto decir que el doble sentido es únicamente propio de las figuras de expresión y no de las de significación? Así parece, aunque no esté clara la razón. ¿Se necesita, quizás, para mantener juntos los sentidos, un acto del espíritu, es decir, un juicio, una proposición? ¿Se han definido las nociones de sentido literal y espiritual en el marco de la proposición y no de la palabra, con vistas a este análisis de la alegoría?

Con todo, la ficción ofrece un nuevo aliciente para nuestra discusión; revela, por recurrencia, un rasgo de la noción de figura posiblemente ya indicado en la definición de metáfora citada tantas veces. Presentar una idea bajo el signo de otra supone que las dos no difieren solamente en cuanto a la clase de objetos, sino en cuanto al grado de viveza y familiaridad. Fontanier no estudia esta diferencia en cuanto tal; sin embargo, se puede descubrir en ella una matización del concepto de figura, que la ficción y la alegoría permiten aislar: la presentación de un pensamiento bajo una forma sensible; este rasgo será llamado con frecuencia imagen; el mismo Fontanier dice de la alegoría que «presenta un pensamiento bajo la imagen de otro apropiado para hacerlo más sensible e incisivo» (114). Así, se dirá que Marmontel, «representando su espíritu por un arbusto, describe así las ventajas que ha sacado del trato con Voltaire y Vauvenargues, presentados bajo la imagen de dos ríos...» (116). Figura, pintura, imagen van, pues, juntas. Un poco más tarde, al

¹⁷ Parece que para Fontanier el poder del doble sentido da ventaja a la alegoría: «Las alegorías, en lugar de transformar el objeto y modificarlo más o menos, como la metáfora, lo dejan en su estado natural y no hacen más que reflejarlo como si fueran espejos transparentes» (205).

hablar de la imaginación como «una de las causas generadoras de los tropos» (161-162), Fontanier la ve actuando «en todos los tropos que ofrecen al espíritu alguna imagen o alguna pintura» (162). Y si el lenguaje de la poesía tiene «algo de encantador, de mágico» (173, 179), es porque un poeta como Racine emplea «expresiones tan figuradas que todo en él es, por así decirlo, imagen, siempre que cuadre con el tema y el género» (173). Este es el efecto de todos los tropos: no contentos con transmitir ideas y pensamientos, «los pintan con mayor o menor viveza y los visten de colores más o menos ricos; como otros tantos espejos, reflejan los objetos bajo diferentes aspectos y los muestran a una luz más intensa; les sirven de adorno, dándoles relieve y nuevo encanto; presentan ante nuestros ojos una serie de imágenes y cuadros en los que podemos reconocer la naturaleza y donde ella misma se nos muestra con nuevos encantos» (174). Eso hace la figura: mostrar el discurso proporcionándole, como en los cuerpos, contorno, rasgos, forma exterior (63). Todos los tropos son «como la poesía, hijos de la ficción» (180); pues la poesía, menos preocupada por la verdad que por la semejanza, se dedica a «*figurar*, a *colorear* su lenguaje, a ponerlo en imágenes, en cuadros, a hacer de él una pintura animada y elocuente» (181). No quiere decir que todos los tropos relacionados con la metáfora ofrezcan «una imagen sensible que puede ser figurada por el ojo y la mano de un pintor» (185); esto sería —declara Fontanier— dar demasiada importancia a la vista. Con esta reserva, anticipa una distinción de la que luego se aprovecharán Wittgenstein y Hester: «ver» y «ver como»¹⁸. Figurar, diremos nosotros, es siempre *ver como*, pero no siempre *ver* o *hacer ver*.

Sería necesario llevar la investigación más allá de los tropos impropriamente dichos y percibir el juego de la analogía en las «figuras de construcción», en las «de dicción», en las «de estilo». Por eso se habla de la imitación en las «figuras de construcción» (288) y más tarde en las «de estilo» (390). Las mismas «figuras de pensamiento», que sin embargo «sólo dependen de éste», rozan con la metáfora y la analogía; así, las «figuras de pensamiento», por imaginación (prosopopeya) o por desarrollo, establecen el carácter general de la figura que acabamos de explicitar, la escenificación del pensamiento. En efecto, se puede decir de la «descripción» que «consiste en poner un objeto ante los ojos y darlo a conocer por sus detalles más interesantes... Que da lu-

¹⁸ M. B. Hester, *The Meaning of Poetic Metaphor* (1967).

gar a la hipótesis cuando la exposición del objeto es tan viva, tan gráfica, que el estilo convierte al objeto casi en un cuadro, en una imagen» (420). Esta noción de descripción es sobremañera interesante; engloba la topografía, la cronografía, la prosopografía, la etopeya, el retrato, el paralelo y el cuadro.

Este vasto dominio de la analogía sólo podría reconstituirse si se renunciase a confinar la metáfora a tropo de una sola palabra, y si se siguiera hasta el final el movimiento que la separa del juego del lenguaje denominativo para unirla al acto central del discurso, la predicación.

6. Metáfora forzosa y metáfora de invención

Concluiré este análisis con un rasgo que, más que ningún otro, confirma lo que venimos diciendo: se refiere a la distinción entre el carácter de figura y el de catácrexis que tienen cada uno de los tropos. Fontanier concede tal importancia a esta distinción que llega a declarar que estos «principios sobre la catácrexis sirven de fundamento a todo (su) sistema tropológico» (213).

La diferencia radica, en primer lugar, en un hecho de lenguaje: ciertas ideas carecen de signos: «La catácrexis, en general, consiste en que un signo ya aplicado a una primera idea, lo sea también a una nueva que no tenía o no tiene ya signo propio en la lengua. Es, por tanto, cualquier tropo de uso forzoso y necesario, del que resulta un *sentido* puramente *extensivo*; este sentido propio de origen secundario, situado entre el *sentido propio primitivo* y el *figurado*, está más cerca, por su naturaleza, del primero que del segundo, aunque, en un primer momento, haya podido ser *figurado*» (*ibid.*). No se pueden, pues, llamar figuras a las metáforas forzosas, ya sean nombres (*luz* por claridad de mente, *ceguera* por turbación y oscurecimiento de la razón), adjetivos (una voz *brillante*), verbos (*comprender*), preposiciones (*a*), etc. El tropo meramente extensivo, al crear un sentido propio de segundo grado, no presenta (o no intenta presentar) más que una sola idea, «totalmente desnuda y sin disfraz, al revés que los *tropos-figuras* que siempre presentan dos, y lo hacen a propósito, una bajo la imagen de la otra o yuxtapuestas» (219).

Por tanto, hay que examinar el carácter *libre* del tropo-figura: ¿no demuestra que, aunque se manifieste en una sola palabra—el tropo propiamente dicho—, o por el mero hecho de que

presenta sin constricción una idea bajo la imagen de otra, posee los rasgos de lo que Benveniste llama la instancia de discurso? ¹⁹.

Lo que se dice de las metáforas de invención (504) confirma la afinidad del tropo con el acontecimiento de lenguaje. La distinción libre-forzoso afecta al uso, y por tanto todo uso tiende a hacerse habitual y la metáfora a unificarse con la catácrexis; sigue siendo una figura ya que no sirve para llenar un vacío de signos, pero tiene uso forzoso, y, en este sentido, puede decirse que pertenece «al sustrato de la lengua» (104). Por eso las condiciones necesarias para una buena metáfora —precisión, claridad, elevación, naturalidad, coherencia— «sólo se refieren a las *metáforas de invención* que se emplean como figura y que todavía no han sido sancionadas por el uso» (*ibid.*).

Es necesario, pues, duplicar la distinción figura-catácrexis con otra distinción interna a la figura: la del primer uso y la del uso posterior que puede resultar «forzoso en circunstancias nuevas» (213).

En realidad, la retórica refleja este uso ordinario; si observamos, con Boileau y Dumarsais, «que suceden más cosas en un día de compra en el mercado que en toda la Eneida o en varias sesiones consecutivas de la academia» (157), debemos confesar que la mayoría de los ejemplos de tropos son de uso forzoso; de ellos uno puede decir que «los aprendió por el uso, como la lengua materna, sin saber cómo ni cuándo» (*ibid.*); por eso suele decirse de ellos que «constituyen una parte esencial del lenguaje hablado» (*ibid.*) y que «pertenecen al sustrato mismo de la lengua» (164). Dicho de otro modo, los tropos ordinarios están a mitad de camino entre los de invención y las catácrexis. El límite entre tropo-forzoso y catácrexis tiende a desaparecer tanto más cuanto el fenómeno de desgaste parece remontarse, como los tropos mismos, al origen primitivo de la lengua; la condición de la catácrexis se encuentra en el origen de los tropos mismos, en la «falta de palabras propias y en la necesidad de suplir esa pobreza y esa carencia» (158); pobreza y carencia de la que debemos estar orgullosos, pues si dispusiéramos de tantas palabras como ideas, «¿qué memoria podría aprender tantas palabras, retenerlas y repetirlas?» (*ibid.*). Von Humboldt definía el discurso como el empleo infinito de medios finitos; de igual manera, Fontanier atribuye a la memoria la función de «ex-

¹⁹ E. Benveniste, *Problèmes de linguistique générale* (París 1967; traducción española: *Problemas de lingüística general*, México 1971).

presar, con un número de palabras bastante limitado, un número infinito de ideas» (*ibid.*). Así, el tropo-figura tiene, al menos en su origen, la misma función extensiva que el tropo-catácrisis. Por esta razón tiende a unirse con él por el uso.

Pero el tropo-figura tiene otra causa ocasional además de la necesidad: el agrado, el placer; «los tropos de elección y de deleite, los tropos-figuras, tienen una causa ocasional totalmente distinta: el placer, el agrado, que una especie de instinto nos hace presentir en ellos, y luego la experiencia, descubrirlos» (160). Así el agrado actúa en sentido contrario a la necesidad, como una llamada a la invención.

Esta invención exige que distingamos las causas ocasionales —necesidad e incluso agrado— de las propiamente generadoras de tropos: imaginación, espíritu, pasión. Dar colorido, provocar asombro y sorpresa por medio de combinaciones nuevas e inesperadas, inspirar fuerza y energía al discurso... son manifestaciones propias sólo de los tropos-figuras, que debemos llamar «tropos del escritor» porque pertenecen a la «invención particular del poeta» (165). Si la metáfora *cargada de años* pertenece evidentemente a la lengua, «¿quién había dicho, antes de Corneille, *devorar un reino*» (*ibid.*).

Por tanto, si los tropos se estudian «con relación a su empleo en el discurso» (155), esto no se debe a una consideración suplementaria. Este uso, estudiado por Fontanier en la sección III de la *Teoría de los tropos*, es constitutivo, si no del tropo, en cuanto se basa en una relación específica, sí al menos de su carácter de figura. Si el estilo desviado es el que se «presta momentáneamente» (66) a las palabras, los tropos más auténticos son exclusivamente los de invención. En tal caso, es necesario pasar de la palabra al discurso, pues sólo las condiciones propias de éste permiten distinguir el tropo-figura del tropo-catácrisis y, en el tropo-figura, el uso libre del uso forzoso.

